

dicción, y sexto, el espíritu contrario de complacencia adulatora que nos induce á aplaudir y á admirar todo.

Para los sofismas que nacen de los objetos mismos reconoce Arnauld los siguientes orígenes. Primero, la mezcla de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, que hay en las cosas, lo cual nos induce á confundir estas cualidades opuestas. Las excelencias de una persona á quien queremos hace que disimulemos sus defectos, y al contrario, los defectos de las gentes que nos desagradan, exagerados por la antipatía, nos impiden ver sus cualidades.

Considera Arnauld como segunda fuente de errores los que provienen de la elocuencia: "porque, dice, es extraño con qué facilidad un razonamiento falso se desliza, sin que lo echemos de ver, detrás de un período que halaga nuestro oído, ó acompañando á una figura de retórica que nos fascina, y que nos entretenemos en considerar." Una tercera causa de errores es, en el sistema de Arnauld, la malevolencia con que juzgamos por falsas apariencias las acciones y las intenciones ajenas.

Otro grupo quedaría constituido por lo que hoy llamaríamos malas inducciones, en que de algunos casos particulares se concluye para todos los del mismo género: Existen mujeres ligeras, luego ninguna es juiciosa. La medicina no cura todas las enfermedades, luego no cura ninguna. Hay cosas oscuras y recónditas en que nos engañamos groseramente, luego esto mismo nos sucede siempre y estamos destinados á equivocarnos.

Una nueva tendencia sofística señalada por Arnauld consiste en que nos inclinamos á juzgar de los consejos sólo por los resultados que se obtienen, y en general, á juzgar el mérito de los hombres según la posición social que han conquistado. "Así es como juzga el mundo, dice Arnauld, y como siempre ha juzgado . . . pues no conociendo las verdaderas causas de las cosas, las sustituye con lo que sugiere el resultado de los acontecimientos, elogiando á los que se encumbran y censurando á los que no prosperan."

Pero no hay, según Arnauld, sofisma más grande que el que depende de la autoridad, sobre todo cuando se hace depender de circunstancias que no aumentan necesariamente el valor de un dictamen, como sucede con la edad, ó la cualidad moral

llamada gravedad ó seriedad; se dice fulano es un hombre serio, luego es inteligente y hábil. También suelen considerarse como autoridad á la riqueza y á la prosapia distinguida, con este motivo dice Arnauld: "No hay en verdad nadie que haga este raciocinio: Fulano tiene cien mil libras de renta, luego está en lo cierto; es de elevada alcurnia, luego debemos creer lo que nos dice. Zutano no tiene bienes de fortuna, luego se engaña; sin embargo, pasa algo parecido en la mente de casi todos los hombres, y que, sin que lo adviertan, arrastra su juicio."

CAPITULO VII.

CLASIFICACION DE MILL Y LA QUE SE PROPONE
PARA SUSTITUIRLA.

I

CLASIFICACIÓN DE MILL.

§ 1.—Del siglo XVII al primer tercio del XIX la ciencia había realizado estupendos progresos, sus métodos se habían ensanchado, definido y completado; sus doctrinas, extendiéndose á todas las categorías de fenómenos, podían servir de cimiento á una filosofía nueva; de sus métodos podía derivarse una lógica, no incompleta como la de la Escuela, que sólo considerase la deducción, sino completa y total que también la inducción abarcase.

A John Stuart Mill estaba reservada la gloria de escribir tal Lógica. El estudio de las apariencias lógicas de los sofismas debía progresar con el resto del material de la ciencia fundada por Aristóteles, y así sucedió en efecto. Mill presentó por la primera vez una clasificación completa y sistemática de las pruebas aparentes ó sofismas, que, sorprendiendo á la inteligencia y favoreciendo las tendencias falaces de nuestra mente, nos hacen incurrir en errores, contra los cuales la Lógica se ha empeñado en escudarnos.

Se ha visto por el bosquejo histórico trazado en el capítulo anterior cuán imperfectos fueron los sistemas de enumera-

ción y clasificación de los sofismas presentados por los pensadores más insignes, en épocas decisivas de la evolución filosófica. Deficiente fué el sistema escolástico, grandiosa, mas incompleta la clasificación de Bacon, insuficiente la de Malebranche, vaga, confusa é indecisa la de Port Royal.

Mill, con su dialéctica vigorosa, con su espíritu razonador, con su inteligencia clara y perspicaz, poseyendo de la Lógica una concepción nueva, vasta y fecunda, debía presentar y así lo ejecutó, una clasificación completa y sistemática. Comenzaremos por exponerla haciendo después en ella las modificaciones que, en nuestro sentir reclama, dadas ciertas deficiencias é imperfecciones de la tentativa por lo demás admirable del pensador inglés.

§ 2.—Comienza Mill por dividir los sofismas, ó pruebas aparentes, en dos categorías fundamentales: primero, los de simple inspección, ó sofismas *a priori*, que consisten en admitir, sin fundamentos bastantes, y como postulados del razonamiento, ciertos pseudo-principios elevados á la categoría de axiomas; segundo, los sofismas de inferencia, constituidos por razonamientos defectuosos que violan, ya las reglas de la inducción, ya las de la deducción; cabe hacer en estos últimos una subdivisión de sumo interés. Unas veces las pruebas, ya por imperfección del lenguaje, ya por la oscuridad del asunto, no se perciben con suficiente claridad, resultando el grupo de sofismas, que llama Mill, de confusión; en otras ocasiones las pruebas se conciben con suficiente claridad para poder ser clasificadas, y según que hayan violado los preceptos que rigen el raciocinio inductivo ó el deductivo, tendremos respectivamente los sofismas de inducción y los sofismas de deducción. Los inductivos se subdividen á su vez en dos grupos, según que se refieran á los hechos mismos, ó á las operaciones de generalización ejecutadas con ellos, llamándose en el primer caso sofismas de observación, y en el segundo sofismas de generalización.

Vamos á explicar estos grupos. Los sofismas de simple inspección son aquellos en que, cediendo á ciertas tendencias íntimas del espíritu, admitimos como principios fundamentales la existencia de ciertas conexiones entre los objetos del pensamiento.

Cita Mill como ejemplos aquella propensión que nos hace

pensar que ha de haber entre las cosas las mismas relaciones que descubrimos entre las ideas de las cosas, si estas se presentan juntas en nuestro espíritu concluimos que las cosas que les correspondan deben también encontrarse juntas.

Cita Mill, como casos particulares, que demuestran la universalidad de la tendencia, ejemplos tomados á consejas del vulgo y á doctrinas de los pensadores más eminentes. "Hablad del diablo y se aparecerá." Descartes creyó que la presencia de ciertas ideas en el espíritu prueba que en la Naturaleza existen los objetos que les corresponden; creyó también que todo lo que es inconcebible es falso; Newton creyó, como otros muchos, que un cuerpo no puede obrar donde no está, y se esforzó en encontrar un intermedio con cuyo auxilio pudiera ser explicada la atracción universal. También se creyó que el espacio es infinito, que la Naturaleza procede siempre por las vías más sencillas; se profesó asimismo que existe separadamente todo aquello que, separado de lo demás, concibe nuestro espíritu. De aquí proceden las abstracciones personificadas que informan las doctrinas realistas, las de carácter místico, ya se trate en este último caso del misticismo de los vedas ó del de Hegel, el sofisma consiste uniformemente en atribuir una existencia objetiva á creaciones puramente subjetivas, sean sentimientos, sean ideas.

Se ha creído asimismo, elevándolo á la categoría de axioma, que lo semejante ha de ser producido por lo semejante. Demócrito y los epicúreos creyeron que nuestras sensaciones son copias de los cuerpos exteriores. El lenguaje contribuye á suministrar sofismas de esta clase, sugiriéndonos la idea que cosas, que llevan un nombre común, deben tener una cualidad común. Aristóteles cayó en esta red, no escapó de ella Bacon, que se esforzó en descubrir un atributo poseído por las cosas expresadas por una misma palabra.

Cediendo á la misma tendencia, imaginaron los sabios que las causas deben ser semejantes á los efectos, que la Divinidad debe poseer todo lo que concebimos como perfección, que la Naturaleza debe estar dotada de las mismas capacidades, y adolecer de las mismas incapacidades que nuestro espíritu.

Con el nombre de sofismas de inferencia, designa Mill aquellos en que la falacia consiste en tomar una inferencia defectuosa por sólida y correcta, formando una clase aparte,

llamada sofismas de confusión, con aquellos cuyas pruebas no se conciben con claridad bastante para clasificarlos. Aquellos otros, en que la prueba aparente se delinea lo bastante para que se la reconozca y determine, se subdividen en sofismas de inducción y sofismas de deducción, según la inferencia real simulada por la aparente. Los de inducción dan lugar á dos grupos, á saber: sofismas de observación y sofismas de generalización.

La observación no forma parte integrante de la Lógica, pero al recoger los hechos para generalizarlos, se puede incurrir en faltas graves que originan los sofismas de observación; estos pueden consistir, ó bien en omitir una serie entera de hechos, por ejemplo, todos los que sean desfavorables á cierto parecer, como sería el caso en que para probar la eficacia de cierta medicina se formase una lista de enfermos curados después de su aplicación, omitiendo por completo los casos en que el enfermo no se curó; ó bien, en la omisión de una circunstancia de interés, que, como concomitante, acompaña al fenómeno. Mill cita como ejemplo de esta observación defectuosa aquella doctrina en que se sostiene que los gastos excesivos favorecen la industria, porque, aumentando el consumo, estimulan la producción, olvidando que si el dinero que se derrocha se acumulase para formar un capital con el cual se pudiera implantar cualquiera industria, ésta sería más estimulada, que gastando dispendiosamente á diestra y siniestra.

Sea que la omisión consista en no anotar una serie de hechos ó en no tener en cuenta alguna circunstancia interesante de ellos, siempre hay algo que debiendo observarse no se observó, por lo cual designa Mill estos sofismas con el nombre de sofismas de no-observación. Hay también los de mala observación, que consisten en confundir lo observado con lo inferido.

Los testigos desprovistos de cultura incurren en este defecto al relatar un hecho, hasta los días de Copérnico la humanidad entera incurrió en esta falacia, creyendo que veíamos el movimiento real de los astros, cuando lo que se hacía en realidad era inferirlo de los movimientos aparentes.

Los sofismas de generalización se cometen al aplicar los procedimientos inductivos. Mill cita como ejemplo de ellos las universales negativas que declaran que tal ó cual cosa es im-

posible, no habiendo contradicción en los términos; la confusión de las leyes empíricas, establecidas por simple enumeración, con verdaderas leyes de causalidad; el sofisma, ya conocido de los escolásticos, y designado por ellos con el nombre de *non causa pro causa*.

Se incurre también en estos sofismas al ejecutar mal los procedimientos de la generalización simple, como cuando se hacen malas clasificaciones, como cuando una idea oscura, expresada por una palabra general vaga, nos induce á creer que hay una cualidad común en las cosas designadas por esa palabra.

Los sofismas deductivos ó de razonamiento comprenden, según el sistema de Mill, no solamente los errores contra la deducción misma, como son aquellos en que una proposición, cierta desde el punto de vista abstracto, se considera cierta á la letra en todos los casos concretos, como lo haría el que, admitiendo que la pesantez obra sobre todos los cuerpos situados á cierta distancia de la tierra, infiriese que todo cuerpo abandonado á sí mismo cae, ó como el que, teniendo por cierto que el hombre se inclina á obrar conforme á sus intereses, negase todas las acciones desinteresadas.

Mill comprende también en esta categoría los sofismas que violan las reglas del silogismo, los que consisten en confundir en las proposiciones lo contrario y lo contradictorio, los que consisten en admitir una proposición porque sus consecuencias son ciertas, y aquellos otros, muy frecuentes también, que se derivan de nuestra tendencia á convertir *simpliciter* las proposiciones universales afirmativas.

Entre los sofismas de confusión, nombre con que designa Mill aquellos en que la prueba aparente no es percibida con claridad, considera en primer término los que resultan del uso de términos equívocos, la *petitio principii* y el círculo vicioso, que habían considerado ya los escolásticos. Cita como ejemplo notable de este sofisma la teoría política, supuesta en el *Contrato Social* de Hobbes y de Rousseau, que admitían que nos liga una promesa que hicieron nuestros antepasados antes que hubiera sociedad, pero ninguna promesa es obligatoria si no hay sociedad.

Considera también como tercera especie de sofismas de confusión la que los escolásticos llamaron *ignoratio elenchi*,